

RECUERDOS

IPARRAGUIRRE Á SU VENIDA Á ESPAÑA



*Curioso artículo publicado el 10 de Febrero de 1878
por D. Ricardo Becerro de Bengoa.*

ANOCHÉ, á las altas horas, en compañía de muy pocos, pero buenos amigos, al recibir y obsequiar al incomparable bardo euskaro, al autor del *Gernikako-Arbola*, me recordaba éste, entre sus íntimas y cariñosas confianzas, cuánta gratitud le debe al valiente diario *La Paz*. Anoche, en el abrazo al poeta, hicimos el primer conocimiento; y una vez más, al verle anciano, modesto, invariable, con su querida guitarra debajo del brazo, se aumentaron hacia él las simpatías que en mi pecho, como en el de todos los bascongados nacieron en repetidos días, cuando el eco de sus canciones y el relato de sus extrañas y múltiples aventuras nos enseñaron que había en nuestro pueblo un tipo de los pasados tiempos, un poeta que no escribía, un trovador que cantaba, un genio errante, con una epopeya legendaria por hoja de servicios, con una cabeza escultural y con un corazón de niño.

Iparraguirre resucitado, recibió en América el socorro fraternal de sus paisanos y de sus admiradores de diversas naciones, y animado por ellos, y por su protector decidido, aquel animoso Romero Jiménez, que en las orillas del Plata ha sabido imponerse á todos los corazones, vino hace poco tiempo á su país, que, como hemos visto, le ha recibido con los brazos abiertos.

Villarreal de Urrechua su patria, primero, Tolosa y San Sebastián después, después Vitoria, han dado su cordial bienvenida al pobre expatriado, y no ha habido corazón generoso que no le haya llamado

amigo, ni caseros que no le hayan abrazado, ni damas aristocráticas que no le hayan abierto las puertas de sus salones, ni literatos que no se hayan apresurado á saludarle. Después de su visita al país, acaba de marchar para Madrid. Va á pedir á los bascongados de valía y de influencia que trabajen por la realización de su sueño dorado, que procuren que el país le conceda los pocos medios que su sencillez necesita, para pasar la vejez en Guipúzcoa, para terminar en paz el calvario de su vida, para que sus huesos descansan un día, no en las tristes soledades de las pampas argentinas, sino en las hermosas riberas del Urola, al pie de las cuestas de Izazpi y de Irimo.

*
* * *

Rajo el prematuro sudario de su anticipada vejez, Iparraguirre, coronado de canas, siente latir aquel corazón que á los veinticuatro años le hizo el héroe de los músicos y poetas populares bascongados. Alto, delgado y encorvado un tanto, ostenta una cabeza respetable. Los pesares, muchos pesares, han despoblado la cima de su frente varonil, y han teñido de blanco su romántica cabellera. Los rizos de sus cabellos dan á su especial fisonomía extraño carácter. Dulces y vivos sus ojos, esos ojos verdaderamente serenos, que no ocultan doblez, propios del gizon basco, se encienden cuando el bardo canta.

La barba nevada, lasa, áspera y extensa, arranca desde los pómulos hasta el pecho, y presta patriarcal y admirable aspecto á su figura. Las arrugas de su rostro y de sus manos son más numerosas que sus canas, como si el tiempo, al través de su reñida y errante existencia, hubiera querido dejar impresas en ellos, por cada día triste, una huella. Viste modestamente, cual conviene al que ha sido toda su vida poeta, y veinticinco años de ella pastor. Iparraguirre ha cuidado ovejas durante ese tiempo, en las orillas del río Negro, en el Uruguay. Su vieja y desvincijada cartera es un relicario; en ella están los retratos de su esposa, una digna expatriada, natural de Alegría, y de sus ocho hijos; los de sus amigos del alma, varias cartas para él de inmenso precio, y sus últimas poesías. Su mano derecha se apoya en un humilde bastón; debajo de su brazo izquierdo va la guitarra, su lira popular. Bardo y aventurero, lo fué de veras en sus gustos é inclinaciones; idealizó á las mujeres y las amó con prodigalidad; hoy, fuma á menudo, y gusta con especial complacencia del amistoso y entonador sorbo en la mesa fru-

gal, cuando los paisanos que le quieren, beben con él á la salud de la noble y apartada tierra.

*
* *

Estudiante y soldado, rondador constante de las letras, su ilustración no es vulgar, por más que en él ha podido siempre más la poesía espontánea y sin trabas, que la rimada severidad del estéril maestro académico.

Francia, Italia, Suiza, Portugal y América, le han enseñado la ciencia práctica del mundo y de la vida, y en todas esas naciones su numen y su música han deleitado á las gentes, y han hecho popularísimo su nombre. Como electrizó un día á los bascongados cantando en medio de las campas de las romerías el himno al Roble Santo, así sacudió el entusiasmo de los demócratas franceses entonando la Marsellesa en las jornadas del 48; y así hizo sentir al pie de los Alpes, en los populares conciertos, cómo los cantores españoles saben entrelazar deliciosamente los acordes de la guitarra con la tierna cadencia de las cántigas nacionales. Sus arrebatos musicales de las provincias le valieron dos ó tres destierros de España; sus ecos en Toulouse le arrojaron de Francia, después de pasar por ochenta cárceles; y al fin, en la solitaria extensión de las latitudes uruguayanas, descansó el pobre. Iparraquirre canta en francés como el mejor y el más satírico de los concertistas populares. Anoche, dos ingenieros franceses al oírle, le contemplaban asombrados.

—Este hombre—me decía uno de ellos—ha debido arrebatar de entusiasmo en sus buenos tiempos; esa cabeza es la verdadera cabeza del cantor querido de las muchedumbres.

Canta en italiano con vivo sentimiento, y en castellano de todas maneras; triste unas, picaresco otras, como en los mejores días de su entusiasmo popular.

Nos recordaba anoche aquella tiernísima rima del inspirado Abedmar, que tantas y tantas veces dice que entonó desde lejos. en su destierro, con lágrimas en los ojos; anoche la cantaba:

«¡En la playa extranjera
qué triste es vivir!
¡Ay, patria, dulce amiga!
¿Qué es la vida sin tí?»

Y al través de sus palabras entreveía yo con qué intensidad estos versos habrán desgarrado su corazón por espacio de muchos años. Doblada sobre la frente el ala de su ancho sombrero, fijos los ojos en el cielo, y sacudiendo con rapidez los bucles de su blanca cabellera, al mover la cabeza al compás de los crispados dedos, que pulsaban las cuerdas de la guitarra, ¡qué extraño y qué típico me parecía el cariñoso Jose Mari, al entonar esa triste endecha! Los circunstantes, estos sencillos castellanos, no acostumbrados á ver hombres de esta clase, le contemplaban en corro sorprendidos. La voz de Iparraguirre ya no es la voz del artista; va á cumplir el poeta sesenta años; las cuerdas de su garganta ya no vibran como la potencia de su imaginación, como su pecho siempre joven. Dado por naturaleza á la sátira y al verdadero humor, sonríe sin cesar, recita en francés y en andaluz agradables composiciones, y alegra una reunión con su jovial espíritu como en los días de su juventud.

—Algunos se extrañarán de que sea V. tan jovial,—le dije.

—¡Pche! ¿Qué quiere V.?—me contestó.—De joven leí á un filósofo que decía: «La alegría engendra la bondad; sólo los tiranos son graves y formales.»

Estoy con Iparraguirre; y aseguro que no he conocido un solo hombre serio que tenga algún mérito, ni en su inteligencia ni en su corazón. «La alegría engendra la bondad.» Es cierto; Iparraguirre, uno de los genios más alegres del mundo, es la bondad personificada. Todos los hombres dignos le quieren; sólo los espíritus superficiales y los tontos le desprecian, porque ha sabido toda su vida sentir, y porque no ha sabido tener mucho dinero.

*
* *

Iparraguirre es el autor de los mejores himnos bascongados y de las más tiernas canciones del pueblo euskaro. Nuestra generación ha aprendido á pronunciar su nombre desde los primeros años de su juventud. Iparraguirre dejará ese nombre querido en la historia del país bascongado. Ahora bien; repitiendo la indicación que tantos paisanos han hecho, ¿consentirán las Provincias basconavarras que vuelva el poeta á su triste soledad de América, y que allí, en medio de su dilatada familia, maldiga del mentido entusiasmo que los bascongados tendrían por su tierra, si le abandonaran hasta el caso de que las cenizas del pobre bardo se perdieran olvidadas allende el Océano?

¿No ha pasado por muerto muchos años, y se decía entonces en todos nuestros pueblos que era una gloria bascongada; lamentándose las gentes, de que pobre, mísero y olvidado hubiera desaparecido léjos del país, que en las grandes festividades aun entona y entonará siempre sus inspirados zortzikos?

Pues bien, si como al anunciar su vuelta, se propuso en la prensa que las cuatro diputaciones le concedieran una modesta pensión, corta é insignificante para cada una ellas, y suficiente en suma para él, se acuerda esta justa distinción, el país basconavarro dará un gran ejemplo, y será acreedor á la gratitud de las generaciones venideras. Yo lo espero así; yo espero que el poeta podrá traer á España su amante familia; y que asegurado en su modesto hogar por Alava, Guipúzcoa, Vizcaya y Navarra, por toda la Euskal-erria, pasará su vejez poniendo en verso en la hermosa lengua bascongada los cuadros de la vida montañesa, y las memorias del pasado. En esa cartera vieja de que he hablado, hay una carta de un bascongado ilustre, del bizarro y pundonoroso general Lersundi, fechada en Madrid en Febrero de 1865, y dirigida á Jose Mari; en uno de sus párrafos dice así; «Si en nuestro país hubiera habido buenos hijos. no debieron consentir que V. se alejara de la tierra bascongada; debieron señalarle una pensión anual, con que viviera V. desahogadamente, en cambio de un número de composiciones que V. entregaría á la Diputación todos los años. De ese modo hubiera V. legado á las generaciones venideras un *Cancionero bascongado* que hubiera honrado á V. y al país.»

Como pensaba el bravo general pensaban y piensan hoy muchos en el país. Iparraguirre no volverá á América. Las Diputaciones consignarán con honra en sus presupuestos la pensión al popular poeta.

En otro caso, que no debe llegar, los particulares retendrían al anciano cantor entre sus montañas con sus donativos. La tierra de Lasala, de Urquijo, de Adaro, de Zabalburu, de Zulueta y de tantos otros euskaros *poderosos*; el país donde pobres y ricos, ilustrados y vulgares, aman á sus recuerdos con idolatría, no tendría un solo hijo que se negara á dar un óbolo para Iparraguirre. Muchas ilustres señoras guipuzcoanas, tan hermosas por su rostro como por su corazón, se han dicho: ¡Nosotras traeremos á la esposa y á los hijos del poeta! Pero no es preciso; el país lo hará, porque debe hacerlo.

